IX

EL TALIÓN

Al día siguiente, á eso de las dos de la tarde, Peyrolles, que había regresado á París por la noche, se hallaba en su casa, echado vestido en la cama.

Se recordará que habitaba un pisito de una casa del barrio de Saint-Marceau.

Destrozado en lo moral como en lo físico, sintiendo que todo se le echaba á perder á la vez, no veía más que tinieblas en torno suyo.

Sólo un pensamiento le sostenía, que, por momentos, encendía en sus ojos ardiente llama.

Ya que no sólo había perdido todas sus esperanzas de fortuna, sino que, además, la acusación de la condesa hacía que su vida fuese cuestión de algunas horas, — porque no se forjaba él ilusiones acerca de la suerte que le esperaba cuando cayera en manos de la justicia, cosa que no debía tardar en suceder — quería

dedicar á la venganza el poco tiempo que le quedaba de libertad.

Pero, esta vez, nada le detendría.

Ya no permanecía oculto, como había estado hasta entonces.

Como tenía que morir de todos modos, quería que el momento de su muerte fuese también el de la muerte de sus enemigos.

Y en cualquiera parte donde éstos se hallaren, él, que ya no se fiaba de nadie, iría en persona á matarlos por su propia mano... primero, al hijo, y á la madre después.

Luego, él perecería sin remordimientos, satisfecho por haberlos inmolado á su odio.

Desde su regreso, estaba rumiando los medios de conseguir perpetrar seguramente, la misma noche, su último crimen, durante el incendio que debían producir los hombres de Zeno, cuando oyó unos pasos ligeros que se deslizaban por el suelo de su cuarto y se le acercaban lentamente.

Volvió la cabeza, y, con asombro mezclado de pérfida alegría, vió á Bathilde junto á él.

Á la misma Bathilde, de quien se había olvidado para no pensar más que en Aurora y Felipe.

¿No era, sin embargo, ella, la causa principal que había destruído y echo fracasar sus proyectos?

¿No era á ella á quien debía el verse perdido, sin recursos, mientras hubiera podido, si la joven le hubiese servido fielmente, reconquistar sus antiguas riquezas y vivir con el lujo de antes?

Asaltándole de pronto esos pensamientos, hicieron que la furia le subiese al cerebro y, con violento movimiento, echó el cuerpo hacia delante para coger en sus brazos á Bathilde y ahogarla.

Pero habíansele agotado las fuerzas y volvió á caer pesadamente en el lecho, sin haber alcanzado á Bathilde.

Ésta no había dado un paso atrás para escapar de la amenaza.

Serena y fría, con las facciones impasibles, miraba sin cólera al viejo, más bien con aire de conmiseración, de piedad.

— Mujer pérfida y traidora — dijo con voz silbante Peyrolles, — vienes á contemplar tu obra, ¿no es eso?

— La suya, señor de Peyrolles — repuso con calma Bathilde.

— La tuya, te digo. Yo puse á tu alcance una fortuna inmensa, colosal, que podía hacernos felices á los dos, proporcionarnos toda clase de placeres, todas las dichas de la vida; poco tenías tú que hacer para apoderarte de ella: suprimir una mujer y un niño... mujer que estaba ya con un pie en la sepultura... y el niño, débil é indefenso...

Tu tarea era fácil... y no has sabido cumplirla... has retrocedido, presa de una sensibilidad estúpida...

¡Ah! ¡miserable loca... mira á donde nos has conducido!

— Sí, he retrocedido — contestó Bathilde; — he retrocedido ante el crimen... crimen horrible: ¡atacar á la debilidad... á la infancia!...

Porque, á pesar de los malos instintos que usted desarrolló en mí, no estaba yo aún lo bastante pervertida para cometer tan negra acción.

— ¡Ah! ¡ah! — replicó irónicamente el anciano — ¡siempre buenas palabras!...

Ya las he oído antes... Mas creí que habías reconocido conmigo cuán vacías eran de sentido.

— En efecto, sufriendo la influencia de usted, llegué á estar dominada por malos espíritus; afortunadamente, Dios me ha concedido la gracia de alejarlos de mí y de volver á ponerme en el buen camino, de donde usted me había apartado.

Y hasta me ha dado una alegría suprema que yo no podía esperar de Él: me ha permitido conocer el amor del corazón, amor que regenera... y por el cual he salido del abismo de infamias en donde había caído...

— ¿Y de qué te ha servido esa pasión, mujer insensata? — interrumpió el ex factótum, siempre con la misma ironía. — A hacerte odiar y despreciar del que amas...

¡Bonito resultado, á fe mía!

— Lo sé; pero eso me induce á amarle aún más: porque, ahora, soy justa conmigo misma, tengo conciencia de lo que era yo hasta hace dos días, y mi amor se hubiera debilitado, de lo contrario.

— ¿Y has venido á verme para contarme tales necedades?

— No; y he aquí el objeto de mi visita, la última que le hago, pues desaparezco del mundo para no volver nunca á él...

En lo sucesivo, me consagro á Dios.

Venía para intentar encaminarle al bien, para procurar que dedicase sus últimos años á rescatar sus faltas.

Piense en que no tiene lejos la tumba... ¿Querría usted bajar á ella cargado con el peso de sus crímenes?

Peyrolles soltó una carcajada sardónica.

De las palabras de la joven deducía que ésta ignoraba la escena desarrollada la víspera en Trianón.

Hablaba de los últimos años que le quedaban de vida, cuando apenas si serían algunos días, acaso horas.

— Además — añadió Bathilde en suplicante tono, — quisiera que me hiciera usted una promesa : la de no perseguir más la pérdida de Felipe y de su madre.

Sé que ya están reunidos. Déjeles usted su felicidad.

— ¡Á ellos! — exclamó con rabia el anciano — ¡Á ellos, dejarlos felices!...

¡Ah! al contrario; más que nunca voy á hacerles sentir ahora todo el peso de mi odio...

Y con el corazón alegre y radiante el alma, destruiré la dicha que empiezan á saborear.

— No, no; no hará usted tal cosa — suplicó Bathilde. ¿No queda en usted ningún sentimiento generoso que pueda yo invocar en favor de ellos?

— ¡Ah! ¡ah! ¿piedad? — exclamó con sorna Peyrolles. — Creí que me conocías lo bastante para no creerme tan ridículo...

Piedad para ellos... cuando, anoche...

Pero se detuvo; porque si contaba á Bathilde la escena de Trianon, era reconocerse culpable ante ella

del asesinato del conde de Lagardère; asesinato que nunca sopechó Bathilde.

Y ¿quién sabe si, después de haberle hecho traición una vez, iría á denunciarlo inmediatamente al salir de su casa?

Bathilde no entendió aquella restricción.

— Le ruego que me conceda lo que le pido — dijo la joven.

Mas el viejo había cambiado de idea.

Pensando poder retener prisionera hasta la noche á la joven, empezó á contarle con gran lujo de detalles lo que habían decidido Zeno y él.

— En este momento — dijo al terminar — tu hermoso novio, el embajador de Venecia, á quien has hecho mal en dar celos, está á la cabeza de un pequeño ejército, y no fracasarán nuestros negocios.

Esta misma noche, gracias á ti, hija mía — pues con tu llave se introducirán nuestros hombres por la puerta del pozo, — el hotel de Nevers será incendiado y, á favor del fuego, no nos costará mucho hacer desaparecer á tu buen Felipe y á su desvergonzada madre.

¿Qué te parece nuestro plan?

¿Está bien elaborado?

La señorita de Wendel había escuchado al miserable sin poder abrir la boca para detenerlo; el espanto le cortaba la palabra, y poco le faltaba para pensar que aquel anciano era Satanás en persona.

— ¡Oh! — exclamó al fin. — ¡No hará usted eso!

— ¿Por qué no?... ¿Quien me lo ha de impedir?

— Yo, que juro volver á ser su esclava si me concede esa gracia.

Peyrolles expresó una sonrisa demoníaca.

— ¿Y qué necesidad tendré de ti después de hecha la cosa?... — preguntó.

Por otra parte, la justicia del rey se encargará de tu porvenir; porque no hay que olvidar que como tu llave ha de servir de pieza de convicción, se te acusará de haber introducido á los incendiarios y asesinos...

— ¡Oh! ¡no, no! ¡no haga usted tal cosa! y le bendeciré á pesar de todo el daño que me ha hecho... — suplicó la joven, con el cuerpo estremecido por un escalofrío de horror.

— ¿El daño que te he hecho, ingrata?

— ¿Puede usted negarlo? ¡Pues bien! Á pesar del estado en que por usted me encuentro, á pesar de mi vida destrozada, de los remordimientos que me torturan y á los cuales estoy condenada hasta el fin de mis días, no tendré para usted más que agradecimiento y cariño.

— ¿El daño que te he hecho? — repitió furioso Peyrolles. — ¿Te atreves á invertir de ese modo los papeles, desdichada?

¿Llamas hacerte daño á no haber dejado de prodigarte consejos, de hacerte aprovechar los frutos de mi experiencia, en una palabra, á haberte puesto en guardia contra las debilidades humanas, de las que un día ú otro acaba uno por ser víctima?

— ¡Ay! ¡sí; porque yo nací buena, amante, y usted me ha tornado mala y vengativa; usted á infiltrado en

mí, gota á gota, el veneno de la envidia; usted ha hecho espejear ante mis ojos las falsas alegrías de este mundo!

Yo tenía simplemente inclinación al lujo... usted la trocó en locura, en vez de refrenarla.

Por usted me volví falsa, fingida.

Á la bondad que me prodigaban, he respondido con la más negra ingratitud.

¿No es eso haberme hecho daño? ¿Acaso mi padre me confió á usted para perderme así?

— ¡Tu padre!... ¡Ah! ¡ah! ¡tu padre!... — exclamó Peyrolles con mala alegría.

Una idea acababa de surgir en la imaginación del perverso viejo.

Ya que, á causa de su debilidad, no podía vengarse físicamente de Bathilde, le quedaba cuando menos la facultad de torturarla moralmente.

— No hable usted en ese tono de mi padre — replicó Bathilde, á quien indignaba el irónico acento de Peyrolles. — Era un hombre bueno y virtuoso, á quien el cielo me quitó muy pronto.

— ¿Quieres, pues, que te hable de tu madre?

— ¡Cállese!... — ordenó la joven; — ya sé que dice usted eso para afligirme; he sabido que, en efecto, mi madre... Mas una hija no es quien para juzgar á la que le dió el ser...

Sólo quiero pensar en mi padre, á quien olvidé demasiado pronto... Y le vuelvo á preguntar: ¿le encargó á usted que me guiase en la vida, para hacer de mí la miserable criatura que soy?

— ¡Eh! ¡Eh!... Tal vez ..

— ¡Mentira! El desgraciado ignoraba seguramente quién era usted y los deseos que respecto á mí tenía, de lo contrario, me hubiera apartado de usted, como de un animal daniño.

— No ignoraba quién era yo.

— Sí; lo ignoraba... debía de ignorarlo...

— ¿Te atreves á desmentir á tu bienhechor, viborilla?. . Y no lo ignoraba; puesto que yo mismo me di á conocer.

— Sostengo que miente usted, y es una nueva infamia suya el tratar de mancillar de tan odiosa manera á ese ser querido...

¡Oh! sí. ¡Pobre padre! ¡Si hubiera podido prever!

Estas últimas palabras divirtieron al viejo hasta el punto de producirle una risa espasmódica.

— Seguramente lo preveía — dijo — ¡Preveía! y, para administrarle justicia diré que no parecía agradarle esa previsión.

Bathilde miró á Peyrolles de modo interrogativo.

No comprendía.

¿Adónde quería ir á parar?

— En ese caso, me ha engañado usted al decirme que su voluntad expresa era que viviésemos juntos — objetó la joven.

— Nada de eso... es decir : bien podría ser.

— ¡Oh! ¡Dios mío! — exclamó aterrorizada Bathilde — ¿Qué es lo que entreveo?

El miserable conservaba en los labios una sonrisa sarcástica.

Experimentaba inmensa alegría al ver las angustias de la joven.

Ésta recordaba ahora las circunstancias que precedieron á la muerte de su padre.

Acordábase de que ella se había dormido en una silla durante la conversación del moribundo con Peyrolles y que, por consiguiente, no pudo asistir á sus últimos momentos.

¿Qué habría ocurrido entre ellos dos durante su sueño?

— ¿De modo que me mintió usted ultrajosamente? — gritó amenazadora; — pues si le reveló usted quién era, lejos de hacerle mi protector, debió de querer despedirle para ahorrarme el contacto de su corrupción... él, que me educaba con gran cuidado y apartaba de mí cuanto era contrario al bien.

— El caso es que lo intentó, hija mía. Y hasta quiso despertarte para decirte algo respecto de mí.

Pero, como esto no convenía á mis proyectos; puesto que yo te necesitaba...

— ¿Qué? — preguntó Bathilde jadeante, al ver que Peyrolles suspendía la frase.

— ¿Qué?... Pues, se lo impedí...

— ¿Se lo impidió?... ¿Cómo?

Y como su interlocutor pareciera reflexionar antes de responder, gritó Bathilde :

— ¡Ah! ¡Hable!... ¿Habrá usted usado acaso violencia?...

— Tú lo has dicho, querida.

— ¿Se atrevió á brutalizar á mi padre?... — exclamó

Bathilde, acercándose, echando chispas, al bandido...

— ¿Se atrevió usted á emplear la fuerza contra él... ya débil y que apenas podía respirar?

— No había más remedio.

— Y esa violencia abreviaría quizás los pocos momentos que le quedaban de vida...

— La verdad, yo no soy médico, y no puedo asegurar nada; pero, es de suponer.

— ¡Cobarde!... ¡Cobarde!... ¿qué ha hecho usted? — rugió Bathilde agarrando á Peyrolles por una muñeca, que lastimaba entre sus nerviosos dedos.

— ¿Lo que he hecho? — ¡Hice lo que me ordenaba mi odio!... ¡Ah! ¡si sólo hubiera hecho eso! — añadió, para exasperar á Bathilde, y sin temer revelar el asesinato del señor Wendel, ya que no había ninguna prueba.

— ¿Qué más?... ¿Qué más?... — interrogó la desgraciada, que, ahora, temía comprender, y contenía con la mano libre, los latidos de su corazón.

— ¿Quieres saberlo?... dijo Peyrolles, que trataba, sin conseguirlo, desasirse de la mano de la joven. — ¡Pues bien!... Voy á decírtelo...

Como tu padre hacía esfuerzos para bajar de la cama y despertarte, le apliqué una almohada contra la boca... y le ahogué...

¡Ah! no fué cosa larga...

Al oír estas palabras, lanzó Bathilde un grito tan agudo, qué resonaron sus ecos.

Permaneció un momento inmóvil, como petrificada de espanto y clavando en Peyrolles miradas que revelaban locura.

Luego, de pronto, soltando la muñeca del miserable, apoderóse de la almohada en que apoyaba el viejo su cabeza, y, con la rapidez del pensamiento, tapándole completamente el rostro con ella, la mantuvo así, empujándola con todas sus fuerzas.

— ¡Bandido!... ¡Bandido!... — gritaba al mismo tiempo — He aquí tu castigo... vas á morir como murió mi pobre padre...

La acción de la Wendel fué tan rápida, que no pudo evitarla el viejo.

Instintivamente, trató de levantar la almohada; pero, no consiguiéndolo, cogió á su vez el brazo de la que le ahogaba y clavóle profundamente las uñas, desgarrándolo con rabia.

¡Trabajo inútil!

Bathilde de Wendel parecía insensible á las atroces heridas que él le hacía, y ejercía aún mayor presión.

Fuerte y vigorosa como lo era ya de ordinario, el furor que le produjo la declaración de Peyrolles aumentaba todavía la potencia de sus músculos.

Sus brazos desgarrados y ensangrentados permanecían rígidos.

Tenía conciencia de ejecutar un acto laudable deteniendo el aliento en la garganta de aquel vampiro cuyas garras le apretaban sin que ella sintiera el menor dolor, pues imprimía toda su energía al castigo del miserable.

El bribón empezó entonces á retorcerse en todos sentidos, con el cuerpo sacudido por bruscos espasmos y con el pecho jadeante por el esfuerzo.

Parecía un reptil al que pisasen la cabeza.

Poco á poco, efectuando la asfixia su obra, los movimientos de Peyrolles se hacían menos violentos y un estertor sordo, el estertor de la agonía, escapábase de su garganta contraída horriblemente.

Por fin se puso rígido, por una convulsión suprema, exhaló un largo y profundo suspiro, el último, y luego quedó para siempre inmóvil en su cama.

Era la pena del talión.

Si su antiguo amo, el príncipe de Gonzaga, había muerto por la espada, después de haber usado traidoramente este arma, él acababa de rendir su horrible alma de la misma manera que había hecho rendir la suya al señor de Wendel, su víctima de Brujas.

Cuando ya no le sintió agitarse, Bathilde retiró la almohada, y después de asegurarse de que estaba realmente sin vida, abandonó la casa del barrio de Saint-Marceau y se dirigió hacia el Marais.

X

UNA RECEPCIÓN MUY TURBADA

Aunque la condesa de Lagardère puso en práctica la idea de abrir sus salones para celebrar el regreso de su hijo, hízolo muy discretamente; puesto que aquella noche, apenas pudieron franquear cien personas el umbral del hotel de Nevers, y entre aquel número había que contar una tercera parte de señores jóvenes que acudieron especialmente para festejar al nuevo duque.

En el salón de recepciones, hubiéramos podido ver al viejo mariscal Mauricio de Sajonia, á Chevert, recién promovido al grado de brigadier general y al capitán Tresmes. Estos tres valientes militares quisieron tener el honor de demostrar la estima en que tenían á Felipe que, cuando sólo era oscuro guardia francés, se había dado ya á conocer por su valor.

Nos sería difícil citar por sus nombres á todas las